

CUÉNTAMETUVIDA¹

Miguel Sánchez León*

*¿Cuál de los dos escribe este poema
de un yo plural y de una sola sombra?*

Jorge Luis Borges

I

Me celebro y me canto a mí mismo
como alguien que renace cada día,
muda su piel añeja
con la flexión morosa y sin remordimientos de una boa,
desollando su cuerpo tantas veces
y dejando indelebles sus manchas más siniestras
del color natural.

Alguien que entiende las razones defensivas
del mimetismo
en las orugas o los escarabajos.
Mas jamás contendrá una violenta repulsión

¹ En Cuba se llamó así popularmente de forma burlona a las autobiografías exigidas para el ingreso en las organizaciones laborales y políticas.

* Centro Nacional de Investigación de las Artes Escénicas de Cuba.

por los camaleones
trocando un verde espléndido
ante cualquier revuelo entre las hojas.

Su impavidez de oficio
se enrolla en el silencio.

Y lo que diga de él, lo digo así de mí,
porque lo que yo tenga, también lo tiene él,
y cada átomo de mi cuerpo y de mi sombra
respira en sus moléculas
la identidad de un aire de siameses.

Su figura intratable
y el magno desamparo que despide,
esconden
una absurda modestia sin posible soborno.

Es de sana apariencia su reserva de hombre,
inaccesible y pétrea como un acantilado.
Pero conmueve si abre
su áspero hermetismo y acerca su calor
y su semblante,
desarmando aquel rictus pavoroso,
allana suavemente una sobria acogida
y descubres al fin que es buena gente.

II

Ha sido la ternura su íntimo escondrijo,
un diploma de grado, una tara congénita,
una flor diminuta cosida a la coraza.

Pero no se equivoquen:
sus entrañas son mezcla
de turbios elementos materiales.

Es porción de sustancia
que no levita en éxtasis, ni su mente
establece contactos estelares
con la Unidad del Mundo vía satélite.

Sus humores recorren
audaces, vigorosos, diluidos
todos los laberintos de caños más terrestres.

No es asceta abstraído en la sola tarea
de la contemplación umbilical del infinito,
ni presume de ángel evangélico o de piadoso
mendicante, cuyas manos seráficas
reduzcan a obediencia a hienas y leones,
o permitan vivir a las mismas alimañas
que lo devorarán.

No ama los aplausos,
y entre los ademanes más esdrújulos
aborrece los pasos superiores
de la misericordia o la lisonja
con que sacar provecho.

Basta que diga en suma
que no es varón devoto
de las adoraciones.
Pero tampoco es lobo.

III

Por simple refracción educativa
ya en su primera infancia asimiló la moraleja
de una cándida estampa
de arcangélicas tropas en escala jerárquica
hasta el trono de Dios en las Alturas.
Perspectiva de ángeles informes,
cada uno muy tieso en su peldaño
en la inquebrantable alineación de alas
centelleantes, loando eternamente
—y sin cansarse— esa Gloria perfecta
del Padre que se encarnó en el Hijo
mediante un raudo vuelo de espíritu santo,
quizás por ceremonia de formal intercambio
de los roles o purísimo tedio celestial.

Puso en tela de juicio
los fragmentos de oscura pinotea,
reliquia carcomida del Calvario,
y sobre todo, la multiplicación
de panes y de peces
en los agostos más calamitosos del país.

Su razón matemática perforaba leyendas
demoliendo los brazos gigantescos
de semejante cruz,
como pinchaba globos
con la manía agresiva junto a
las cuatro esfinges del parque vespertino.

Y era muy sospechoso
que Cristo hubiera osado,
descalzo y harapiento como andaba, poner
las plantas de sus divinos pies
en la quemante arena del desierto

o hacer tantos milagros como un mago de feria.
Y clausurar más tarde el espectáculo
con el truco supremo de andar sobre las aguas,
precursor de Esther Williams (sin esquíes)
bajo la mansa luz de un set en Galilea.
Luego, clasificó aquella estratagema
fascinante en el lago, de mero ilusionismo
—muy efectivo para el reclutamiento de las masas—
como ejemplo apostólico del uso del teatro
para ganar adeptos
con una bien tramada campaña electoral
de una vida feliz en Otro Mundo.

IV

Lo más creíble
entre los mitos religiosos del pasado
resultaba el INFIERNO.

Activo aunque temible,
lleno de sufrimientos y tridentes,
mortificaciones y herviduras en pailas renegridas
que su mente pintaba como una Gran Cocina
de rojo bermellón entre llamas perpetuas.

Lugar terrible y atrayente
porque en la vastedad de aquel recinto
se agitaban los diablos en un ir-y-venir
de una caldera a otra donde
chillaban multitudes de almas e insignes pecadores
desfilaban en una procesión interminable
desde las puertas de todas las épocas.

Habría todos los males y castigos
que la lengua idiota y evangélica del cura

nos hubiera inculcado.
Pero seguramente allí se disfrutaba
de una ausencia absoluta de bostezos.

[...]

VI

Como no padeció —como era de esperarse—
la crisis metafísica de una febril adolescencia,
ahora es socio histórico, una carne animada
en calma y tempestad, sujeto y objetivo
sensual e intelectual, contén y desmesura
que no acepta otro programa que la sed,
ni otro lema que el de su afable y llana voluntad.

Hay ariscos momentos en que colman las copas
de su jovial paciencia, y el detalle más mínimo
le subleva y hace cambiar su curso:
tomar otro camino sin elevar informe,
sabiendo que se arriesga al posible escarmiento
o al encuentro de una falaz encrucijada.

Sólo le salva siempre el horizonte,
la realidad con su destreza
de hacer transformaciones indecibles.

VII

Como cámara oculta es buen observador,
algo severo e intrincado en lo que araña
su primera persona de destino plural y singular,
aguda inteligencia, roma expresión,
genuinas intenciones con su cuota sutil

de narcisismo y timidez también
como la de una carpa en un acuario.
Revoluciona en veras y maneras,
ama la construcción en buena letra
y el encarnado color de la justicia.
Mas no soporta las consignas.
Su constancia secreta insiste silenciosa
labrando lentamente el arrecife como el mar.

Resiste menos la subordinación a secta alguna
con sus obligaciones y mordazas de perros
amaestrados, cegueras de avestruces,
sus horarios, sus ritos, sus detentes.

Pues su puño violento puede romper tabiques
y sus hábiles dedos malogran cualquier nudo,
renegando de la Divinidad con plena furia
en todas sus facetas, vestimentas, posturas
y políticas.

Esa grey de los dogmas e imposibles
no contará con este feligrés
para el redil en sus festividades y campañas.

Muestra con ello límites, vicisitudes, deformaciones,
vicios y virtudes de una sumaria e interrumpida
formación de clase acomodada a medias,
sin las complejidades de la culpa.

Por lo que no se escuda tras la capa lustral
de un incienso rapaz y oportunista,
las mortificaciones del cerebro y la carne
en las penalidades del exorcismo o el cilicio.

Todo es causa y efecto de su espíritu crítico
y su cabeza propia, impenetrables ambos

bajo el telón de amianto que hace caer
con un fragor de máquina de guerra,
guardando así como un pobre tesoro
su terca identidad en el bolsillo.
Como otros, la pistola.

VIII

Su cólera dormita hasta momentos álgidos
en que el ozono de la vida se adelgaza,
invaden los gases opresivos,
o circunvolucionan los siete velos de la trastienda
en una danza fantasmal.

Aguza entonces como nadie su estocada,
su implacable desdén como mejor tributo
a la conservación de los más sólidos cimientos
de la supervivencia de la vida.

Se transpira en su aire un melifluido respeto
a los principios. Pero quiere a sus formas.
Sufre las consecuencias y los fines.
Jamás coloca en ellos ni una sola excrescencia
de una abundante digestión
a cambio de la holgura, las venias
y las demás unciones confortables.

Hombre agresivo, concreto y liberal
execra –por supuesto– los gestos y los verbos
de cualquier execrable catequista.
Aunque una vez se descubrió
con los brazos abiertos, en rostro y ademán
de iluminado que lo irritó sobremanera.

Y no durmió en dos noches como duro flagelo
y penitencia en lo que más le duele,
en su talón de Aquiles:
su sueño impostergable.

IX

Análisis marxista. Ubicación social:
pequeña burguesía y tráfuga
en la práctica de clases.
En realidad estima no caber en ninguna
de las pulcras casillas preparadas
para su examen, registro, catalogación y archivo.

Tales dispositivos de pronóstico
engañan muchas veces a la hora del cuajo,
y fallan otras tantas ante las sorpresivas
radiaciones de la conducta individual
bajo los tórridos temporales de la Historia.

Como humilde y falible ser humano
también él se equivoca, se prejuicia y trampea.

Es su modo de obrar tirar a cada rato
toda la realidad de golpe contra el cristal
de sus ideas, probar y hacerlo añicos.
Este es su antídoto contra la miopización,
el reumatismo y la esclerosis.

No obstante no sobra quien le achaque
innobles procederes y le tilde de tonto,
calculador, ladino, irresponsable y burgués,
incluso de inmoral y otras lindezas.
Su madre —siempre aclara— está blindada.

Su cerebro retiene en su adusta membrana
de atarraya, circunstancias, epítetos
y estrictas procedencias
sólo como ingredientes lavativos
para las discontinuas evaluaciones
de su entorno.
Luego, todo va resbalando de su ánimo
desafinadamente
usando la encerada canal de su epidermis.

[...]

XI

No presuman por un tal manifiesto fatales consecuencias
de manera inmediata para tales criaturas e instrumentos.
No es hombre poderoso,
según el más común de los sentidos.
Y defiende su paso a pierna suelta con aferrado y pleno
anonimato.

Responde de lo bueno y lo malo de su vida,
mas le parece inconcebible que le endilguen otros daños
y acciones que los suyos.

Su principal motivación
es un ego rebelde o una incapacidad para los símbolos.

Nunca logra (ni gusta) pasar
-por alto o por abajo- la más somera imposición
de gatos aliebrados o de liebres gatunas.
Cualquier disfraz más o menos sutil
de humildes despotismos, monásticas orgías
o pudibundas advertencias aplicadas
bajo los travestismos de la demagogia.

Desprecia el subterfugio en los juegos de azar,
y como le aburre muy soberanamente el ajedrez,
si acaso le disgusta una jugada, no posee el tino
necesario
del silencio.

Entonces, no vacila en desgarrar
el manto sacrosanto al jesuitismo
de algún cardenalicio publicista que predica sus credos
no creídos
desde los agujeros de la ética
sobre los SACRIFICIOS Y DEBERES y otras
mayúsculas.

Claro que aconsejadas para otros,
de dientes-para-fuera,
de cuerpo-para-fuera,
de puertas-para-fuera,
de autos-para-fuera,
de grupo-para-fuera,
de clase-para-fuera,
hasta que un día rompe el Apocalipsis de los truenos y
truenes
con que la opinión pública llega a veces
a hacer las conclusiones.

XII

Asume con denuedo todas las consecuencias
en su tiempo y su aliento
de este concepto práctico de la Verdad, de la Belleza,
la Conciencia y la Moral,
y lo defiende seria y flexiblemente
con rigidez perpetua,
hundiendo si es preciso, ensimismado y parco

como un guerrero antiguo
su estilete de sílex en quien lo ataque.

La comisión de actos tan sangrientos
es lo menos frecuente en su persona.
Pero ha ocurrido en memorables ocasiones en que
su flema estalla y erupciona una ira
arrasadora, calcinante,
tras la cual no rebrota ni la ortiga, ni el cardo.

Su cuerpo en movimiento y aparente reposo
no transige en los frenos enemigos.
No soporta los vagos camuflajes, anteponer
arreas a la vida,
ni correr sobre ruedas de la mutilación.

¿Habrà que recordarlo?
Tiene *sus* convicciones como estrellas polares.
Mantiene su criterio en las tensiones
de debates al pelo o cerrados silencios
demasiado elocuentes,
con toda ofuscación y claridad.
Su terquedad es invicta.

Si algo le salva en campos de batalla
es que su rotunda y maciza prepotencia
no persigue el poder de quebrar o domar
ajenas voluntades,
sino sólo atrapar el límpido (y un tanto
vanidoso) placer de lanzar en lo oscuro
las bengalas de la verdad, la inasible medusa,
la serpiente voraz mordiéndose la cola
eternamente.

XIII

Nunca tendrá el talento (ni el talante)
para el astuto juego de las cortes.

No sabe hacer fachadas a desgano,
ni sonrisas sociales o conversaciones “ad hoc”.
Ni alargar relaciones convenientes
que a él no le interesan, pobrecito.

Como un niño se burla con su aire campestre,
despojado de giros y artificios,
de las impostaciones ampulosas
de timbres wagnerianos,
de las adulaciones y la insidia
maligna de los correveidiles bajo los cortinajes
con su tono a la moda
y los protocolares inflables palaciegos.

Nunca resiste la etiqueta:
ni en los ficheros, ni en las solemnidades.

Aunque por extracción debería amar
la vida muelle, estéreo y technicolor
y los equipos accesorios y atuendos
de ostentosa factura ultramarina.

Si a veces de palabra no la objeta,
ten la certeza (si ocurriera) que lo hace
por firme intransigencia ante otro dogma
de austeridad y moral de wash-and-wear,
o mérito en el voto de fealdad y pobreza,
u otra triste cruzada puritana.

La banalidad y el conciliábulo que generan
tales círculos no es ambiente propicio
a sus neuronas voluntariosas y a su sentido
abierto al universo.

Se iría pudriendo allí, aburrido-aburriente,
vendado, sordo y mudo como un monito plástico.
Y perdería la risa turbulenta,
que es su fruto mejor, y en el clímax
—como también carece de tacto necesario—
siempre sería él quien grite,
cuando suban al techo los vapores de la coronación,
que el rey anda desnudo.

[...]

XV

Rige el signo de Tauro en su aspecto sereno e irascible.
A solas se contenta, piensa y fluye no sabiendo hasta
cuándo.
Pero el cambio alimenta sus pasiones, su lucidez más
próxima.
Y habla de ese drástico vuelco en los cimientos que
renueva
de fondo a superficie.

Hay que dejar inscrito el paradigma de ese empeño
ilimitado en calidad de ser mejor desde sus límites,
sus solipsismos, sus rabietas.

Es grosero y risueño, pese a todos,
con quién y cuando quiere.

Bajo un árbol te extiende su confianza.
Pero si lo traicionas, te alcanzará su lava
fría y corrosiva.

Es individualista en el neto sentido
de que toda persona es resultado y suma
de sus actos hincados entre esas dos fechas
que grabarán después sobre su lápida.

Y en ese margen siempre se vuelve responsable.
Si el hombre no sujeta las cosas a su arbitrio sino en
pequeñas
dosis y raciones fugaces, piensa que hay que aprender
a elegir por uno mismo cada instante.

Ama esa libertad, como otros a un amor imposible
cuyo recuerdo los trastorna.

Entonces sobreviene la catástrofe:
resurge
un sentimiento atroz,
esa quimera que lo envuelve en su cola de dragón
y le domina, sólo queriendo quedarse en paz
consigo un rato a solas si es posible.

Vade retro Satán, Behemot o Belcebú.
Semejante deseo le vuelve incomprensible,
indigno residente del futuro,
ácida y muy difícil compañía.
Tan cruel como la verdad.